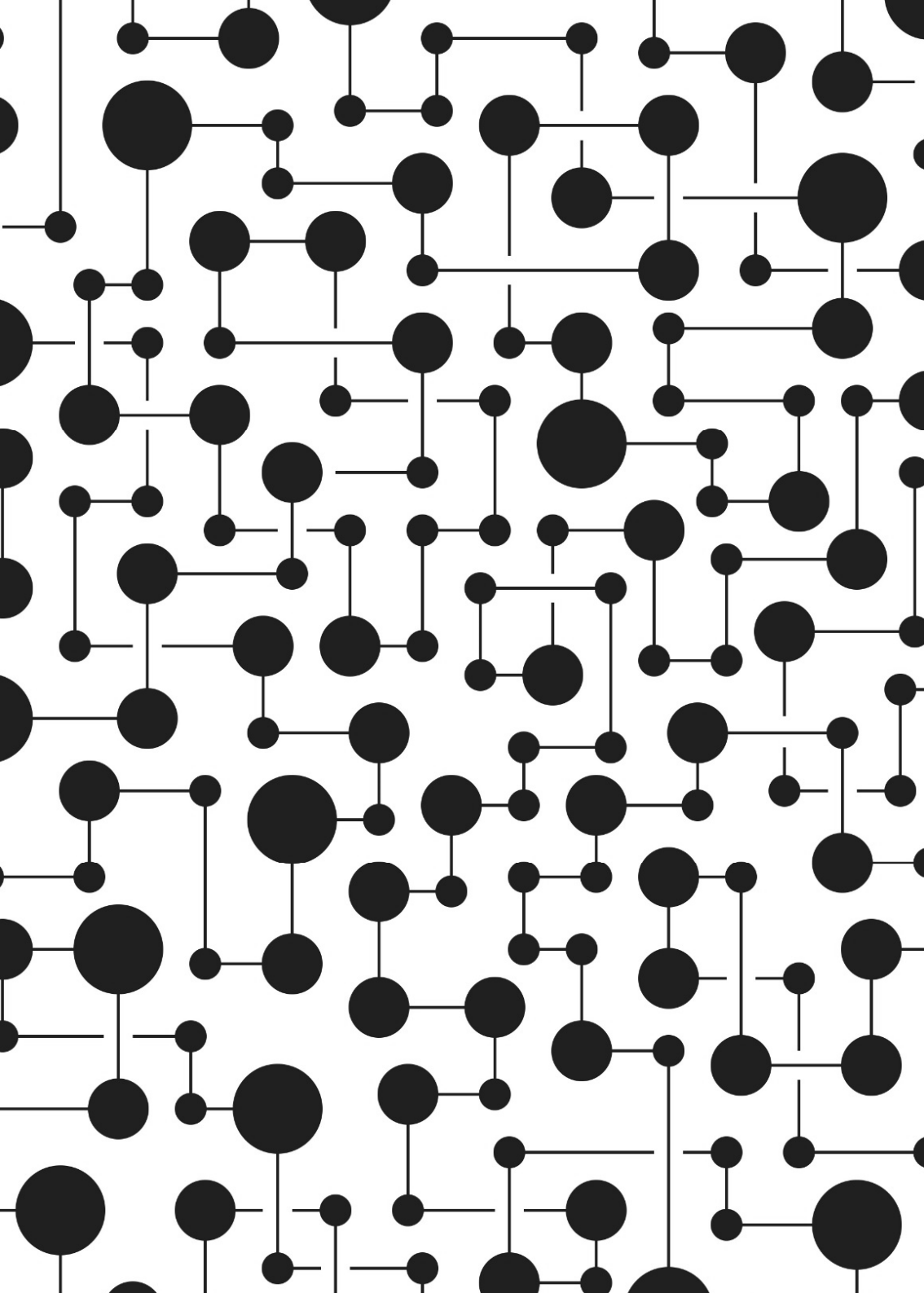
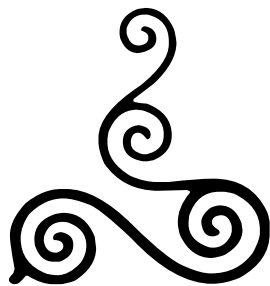




MUJERES DE ISTIYA



PUNTOROJO
libros

MUJERES DE ISTIYA

© del texto: Diego Lamonedá

© maquetación y diseño: Punto Rojo Libros, S.L.

© portada: Punto Rojo Libros, S.L.

© de esta edición:

Punto Rojo Libros, S. L., 2016

Cuesta del Rosario, 8

Sevilla, 41004

Teléfono: 911.413.306

WhatsApp: 622.843.306

info@punterojolibros.com

www.punterojolibros.com



Impreso en España • Unión Europea

Primera edición: octubre 2016

ISBN: 9788416722716

Reservados todos los derechos.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o scanear algún fragmento de esta obra».

DIEGO LAMONEDA

MUJERES DE ISTIYA

*A ellas dos.
Sus “duendes” se colaron en
algunos personajes de esta novela.
Y yo encantado de sentirlas de nuevo.*

ÍNDICE

Maldito recuerdo	11
La matiné.....	14
Julia y Adela	23
Las cotillas	28
Vaya encerrona.....	38
El miedo.....	49
Lo inesperado	56
La negrura	77
Pablo y la tasca de Fidel.....	81
La familia de Javier.....	87
Meli y Teresa	101
¡Ejem, ejem, claro, claro!	110
¡Criminal, asesino!.....	126
¡Ya eres un hombre!	131
¡Y tú sin catarlo!	138

La paliza	143
Un tema prohibido	159
Celia y las monjas	167
¡Busque una esposa!	178
Petra	183
Gato encerrado	192
Un sueño	201
Pablo dejó caer la taza de té.....	207
¡Pondría la mano en el fuego...!	215
Eres muy hermosa, Laura	235
Con el demonio no se juega	249
La dama de blanco	263
Meli, así que tú también.....	274
Los quintos.....	279

MALDITO RECUERDO

- ¡Vamos, Catalina; no llores mujer!
- No tengo a nadie; estoy solita —dijo la vieja.

Olía a miseria; era un hedor pastoso que penetraba en las entrañas de Julia, destrozándole el corazón. Siempre le llevaba algún avío que Catalina engullía frenética, sin apenas masticar. Después limpiaba la habitación de la corrala donde malvivía y por último aseaba su cuerpo entero.

- ¡Coña! ¿No soy tu amiga yo?
- ¡Mi Pedrito! Me enteré de que pasaba por aquí cerca y allá que fui sujetándome por las paredes, porque no podía andar. Lo vi llegar de lejos en el carruaje...
- Ya me lo has contado mil veces...
- Le llamé: ¡Pedrito, que soy Catalina, tu Nana! —dijo la vieja, orgullosa, meciendo su sillón— ¡Anda, baja del coche! —la anciana se volvió a Julia con los ojos abiertos—. Y le dije: ¡Si yo te amamanté y te enseñé a andar!

Julia asentía, cansina, mientras seguía aseándola.

— ¡Se acordaba de mí, vaya que sí! Bajó y me dijo: ¡Ay Nana, Nana; claro que me acuerdo de ti! —la vieja, que había levantado su cabeza de exiguos cabellos blancos, soltó una estridente risa por su par de dientes renegridos, que hicieron estremecerse a Julia.

— Y luego te dio unas monedas y se fue. Ni siquiera te besó...

— ¡No hables así, lerdá! ¡Me tienes envidia, eso es...! —dijo la vieja parando la mecedora, mirando a Julia con odio y levantando el mentón.

— ¡Está bien, está bien! Perdona mujer.

— ¡Mi Pedrito, mi niño...! —musitó mientras se volvía a mecer— ¡Cómo le gustaban mis pechos! ¡Menudo tunante! —y soltó otra vez aquella punzante risotada.

Catalina había servido a la familia más importante de Istiya. Un mal día fue despedida de la casa por su supuesta indecencia. Quedó en la calle maldecida, sin honra y con un peso encima que, a pesar de su juventud, nunca pudo superar. Permaneció, para siempre, atada a aquel suceso y al cariño del niño que había criado.

—Catalina, las criadas no debemos amar, es un suicidio hacerlo.

—¡Calla ya, lerdá! —dijo Catalina, esta vez en voz baja.

—A las sirvientas las tiran a la calle cuando se hacen viejas. Otras veces ni siquiera esperan a eso, como hicieron contigo —dijo Julia mientras peinaba los cabellos de Catalina, que ahora escuchaba con mucha atención— A ti te echó la señora porque

su marido andaba tras de ti. Es la forma que tienen de esconder sus vergüenzas. Te arruinaron la vida con sus mentiras y el niño, al que criaste, cuando creció, tampoco hizo nada para sacarte de aquí ¿Por qué no quieres aceptarlo? Si les culparas de cuanto has sufrido, dejarías de vivir en la locura.

—¡Calla...! —susurró.

Julia, ya concluido el aseo, se sentó frente a ella y la observó meciéndose, con la mirada perdida. Se le saltaron las lágrimas pensando en su vida malgastada y en lo que aún le quedaba por sufrir. Mientras cortaba las uñas de sus quebradas manos, dijo:

—Catalina..., cuando yo era niña me fijaba mucho en ti. Eras una mujer muy hermosa; la envidia de todas las criadas y de las que no lo eran.

—¿Sí...? —preguntó abriendo los ojos.

—Los hombres te miraban con deseo y las mujeres con celos. Tú no mirabas a nadie... Siempre ibas con el condesito, que no se separaba de ti..., por la Plaza Mayor.

—¡Mi Pedrito! ¡Mi niño!

Catalina, muy nerviosa, había vuelto la mirada hacia Julia...; esta vez vio en sus ojos una pena infinita y el espanto, a la vez. Julia se despidió y salió con paso ligero, huyendo de aquel lugar. Más de un sueño había tenido de ser ella quien vivía allí.

LA MATINÉ

Era la tarde de un día de primavera lluvioso y gris. La luz estaba yéndose entre la tormenta que aprisionaba la ciudad y había vaciado las calles de gentes que buscaban el abrigo del hogar.

En aquella casa, unos niños contemplaban atónitos, a través de la ventana de cristales, el trepidar de la lluvia sobre el patio. Miraban, absortos, el remolino de agua que engullía el sumidero y los miles de caballitos de agua, por aquí y por allá, que producía el choque de la lluvia contra el suelo. Una inmensa luz apareció repentina en el escenario. Todo el patio se hizo blanco por un gigantesco flash venido del mismo cielo. Apenas un segundo después, todo quedó igual. Los críos estaban con las manos en los cristales con sus ojos abiertos; y de fondo el ruido de la lluvia, del agua y del viento. Súbitamente, irrumpió en la escena un estruendo descomunal. Aterrados salieron despavoridos, haciendo saltar las sillas; y en los cristales, empañados del aliento de los críos, quedaron señales de sus manos, de sus sustos, de sus miedos.

— Silda, trae las velas y el rosario.

Una luz amarillenta se expandió por la estancia y mostró el rostro de aquellas mujeres. En la abuela Angustias destacaban sus grandes asentaderas, las pobladas cejas y el peinado recogido y rematado en un gran moño; su hija Silda era alta, muy delgada, de rasgos prietos y secos; y la otra hija, Amalia había sacado las hechuras de su madre.

Los críos iban todos los días a rezar con la abuela. Para ellos, el rosario cansino de otras veces, era ese día bien diferente. Estaban pegados unos con otros, las cabezas gachas y las manos juntas encima de la camilla, como nunca hacían sin apercibi-mientos. La abuela, que asía con delicadeza un precioso rosario de cuentas nacaradas, mirando al Corazón de Jesús y santiguándose, dio comienzo al rezo.

Iban pasando padrenuestros y avemarías, los misterios y letanías.

– Kyrie, eleison. Christe, eleison. Sancta María. Sancta Virgo virginum.

El susurro de la oración se interrumpía con cada uno de los truenos; Angustias levantaba la voz intentando amortiguarlos.

- Mater purísima. Mater castísima. Mater inviolata...
- Ora pro nobis —repetían todos con la voz quebrada.

La tarde se apagaba poco a poco y los rostros iban impregnándose de color ámbar por la luz del velamen. Los niños miraban asustados los rostros espectrales de las mujeres, que rezaban al unísono, impasibles; las paredes se hacían oscuras y el

aroma a cera quemada, junto al rezo y la tronada, completaban el ambiente de encogimiento.

– Virgo prudentissima. Virgo veneranda. Virgo predicanda...

Todos tenían la vista en la llama, quebradiza por los truenos; como el corazón de los críos que allí estaban.

– Stella matutina. Salus infirmorum. Refugium peccatorum...

Los truenos parecían el crujir de los cielos, como si estuviera rugiendo la Naturaleza o el mismo Dios.

– Agnus Dei, qui tollis peccata mundi. Miserere nobis...

– Por las ánimas benditas del purgatorio... Padre nuestro....

Un portazo los volvió a todos a la realidad.

– Vaya novecita, y mañana que nos llega la visita... ¡Qué mala suerte! —dijo Pablo, el joven que acababa de entrar.

– No sé para qué los invitaste, si a nosotros esa gente ni fue ni fa.

– Quiero conocer a quien fue tan amigo de nuestro padre y a su hija, de la que tanto nos habló ¿Tan difícil es enterderlo?

Augusto y Adela llegaban a Istiya. Los campos alagados hablaban de aguaceros recientes, que habían dado paso a una tarde radiante y soleada, de pura primavera.

– Papá, mira la luz que hay aquí ¿Ves las torres a lo lejos? ¡Istiya es preciosa!

El tren entraba chirriando a la recién inaugurada estación. Algunas personas esperaban en el andén; entre ellas Pablo, que quedó impresionado al ver a Adela. Era, la joven madrileña, de belleza singular y la guapura quedaba en segundo plano porque irradiaba distinción toda ella. Subieron al carruaje, tirado por un precioso caballo hispanoárabe, cargaron el equipaje y emprendieron la marcha al caserón familiar.

Desde que murió el marido, la única vida social de Angustias, la madre de Pablo, era la misa diaria, que oía toda enlutada junto a sus dos hijas. En su casa, sentada en su perenne butaca, gobernaba una familia venida a menos con la pérdida de quien, con emprendimiento y tino en los negocios, había conseguido cierta fortuna y prestigio en la ciudad. Seca y nada sensiblera, no se le vio una sola lágrima cuando enviudó. Tampoco Augusto ni su hija le notaron emoción alguna en el saludo, cuando Pablo los presentó.

– Tantas veces demoramos la visita, y ahora que la hacemos no está él, mi gran amigo de tantas aventuras y padecimientos...

Silda expresó cierto contento en la presentación, aunque aún no podían sospechar que la sutileza de los gestos, en esta mujer, era la forma de esconder su desdén hacia los demás. Su hermana Amalia, por contra, no tenía maldad propia, ni más idea y opinión que la de su madre y hermana, a quienes siempre daba la razón.

A la mañana siguiente, Pablo llevó a los visitantes a conocer las iglesias, los conventos, las torres...; la inmensa herencia que el pasado dejó en las calles de Istiya. Rezaron ante la Virgen del Valle, disfrutaron de los grandes monumentos y también de los pequeños rincones, que como dijo Adela, es donde realmente se guardan las ficciones y verdades de la historia de las gentes.

La visita no pasó desapercibida en la terrazas de la Plaza Mayor; Pablo estaba exultante, mientras saboreaban manzanilla fresca y un buen aperitivo, percibió las miradas de admiración hacía ella.

A las cinco de la tarde la banda de música desfilaba por las calles llamando a la corrida de toros. Mientras de afuera llegaba la melodía de un precioso pasodoble taurino, Pablo y sus hermanas la vieron bajar. Con un vestido ajustado de corte flamenco, mantilla blanca y un pañuelo carmesí, bajó Adela deslizando por los peldaños de la escalera.

— ¿Qué tal estoy? —preguntó.

Es difícil creer que de la belleza puedan brotar sentimientos tan encontrados. En los hermanos, abajo juntos, aquel momento lo enamoró a él e hizo prender la envidia en Silda. La femineidad de los gestos, su belleza, aquellos inmensos ojos azabache de Adela... Pablo estuvo enamorado desde aquel momento de ella.

En el coche de caballos, yendo hacía la plaza, a un lado de Pablo iba ella, al otro iban las hermanas; todas con mantillas y peinetas. La gente las miraba y murmuraba, como hicieron en

el palco de la plaza de toros, adornado con mantones de Manila; todos se volvían..., la miraban a ella.

A casa volvieron él y ella, paseando, ya anochecido. En un cruce de calles donde se entrelazan las vistas de torres inmensas y palacios monumentales, Pablo se detuvo y señaló en las cuatro direcciones:

- Mira qué belleza.
- Es imponente —dijo Adela.

La miró a ella y dijo sin pensar siquiera:

- Eres lo más hermoso que he visto nunca, tú deslumbras a esto....

Ella también lo miró a los ojos y vio en ellos la verdad de lo que decía. Fueron unos segundos mágicos...; sin decir nada, sólo mirándose; hasta que adivinando que iba a besarla, se volvió con elegancia. Siguieron el paseo hasta la casa meditando, sin hablar. Ambos pensaban y no dijeron nada. Pablo ya estaba entregado; para Adela era usual oír galanterías ¿Había sentido algo ella? Eso es lo que pensaba mientras andaban por las calles empedradas, ocupadas de sombras y luces que dejaban los faroles en las piedras y esquinas. No era mujer de aventuras ni apasionamientos; sus sentimientos eran sosegados como su belleza, como su mirada, como era toda ella. Jamás se había enamorado de verdad, si acaso alguna atracción pasajera, que luego no llegó a nada.

Pablo sabía que las mujeres tan hermosas turban a los hombres y los acobardan. Ellas son protagonistas de sueños que desconocen; de pasiones y enamoramientos que se disfrazan de amores imposibles y no se declaran por miedo. Aunque el amor es posible siempre, había leído; otra cosa es que fuera insensato, imprudente o necio. Pero todos estos pensamientos eran vanos, porque estaba cegado por un impulso que desbordaba cualquier razonamiento.

Al día siguiente, Pablo y Adela llegaron del brazo a la Matiné. A este baile matinal, que se había impuesto en muchos lugares, acudía lo más selecto de la ciudad. El Casino estaba ornamentado para la ocasión, los techos repletos de guirnaldas, las paredes de enseñas y reposteros, y multitud de adornos florales y festivos. El salón de baile estaba espléndidamente iluminado por la inmensa cristalera que daba a la plaza; en el centro varias filas de sillas para sentarse las damas circundaban la pista de baile, y a sus espaldas había espacios diversos donde hablaban y reían muchachas jóvenes e iban y venían ellos a sacarlas a bailar.

Adela, aunque no los frecuentaba, había asistido a varios bailes de la nobleza en Madrid y conocía las estrictas reglas de cortesía y urbanidad que en ellos se cumplían. Como imaginaba, este baile nada tenía que ver. Acertó con el vestido, de corte sencillo y aire andaluz. Algo turbado, por las miradas que sentía, entró Pablo con ella a la pista de baile. Una de sus manos se posó con delicadeza en el tallo y la otra acarició la suya, tan sedosa y suave; luego la miró a sus ojos azabache y acabó la turbación, el entorno y todo. No se separó de Adela; de la zona de baile pasaban a veces, para descansar, a un salón lateral donde

Pablo fumaba y bebían refrescos o picaban bocaditos o pasteles, mientras la presentaba a los amigos.

Bailaron con música de vals, zarzuelas, pasodobles y hasta con las sevillanas se atrevió Adela. Eran la pareja que despertaba mayor interés a las damas; unas elogiaban su delicadeza y educación, otras exaltaban su belleza; otras, no menos numerosas, criticaban cualquier cosa de ella y de los hombres que la seguían con sus miradas. Terminando de bailar una polka, le dijo Pablo antes de acercarse a la orquesta:

- Ahora vengo, no te muevas.
- ¡Queridos amigos, nos acaban de pedir un tema dedicado a esta preciosa joven madrileña que nos acompaña hoy. Para Adela, un baile de su tierra, un chotis de Madrid!

Con los aplausos de fondo, Pablo la vio con sus ojos más grandes que nunca, abiertos por la sorpresa.

- ¡Te quiero! —le dijo al oído.

Ella no dijo nada. Las demás parejas se habían retirado, ellos ni se dieron cuenta; comenzaron a bailar como si estuvieran solos. Ella le llevaba a él; los demás, a esas alturas, no eran más que ornamentos... de la Matiné.

Terminó la feria y volvió Adela a Madrid. Muchas cartas se cruzaron las semanas que siguieron. En ellas se plasmaban dos formas diferentes de sentir que iban al mismo lugar. Uno, cegado con el relámpago de la pasión, el otro crecía pausado con los sueños, con cada gesto. Al primero lo sostenía su empuje el sostén de los segundos era el cimiento.

Adela se enamoró y se casaron. Desde el principio procuró hacerse querer por la familia de él y para ello hizo caso a cuantas sugerencias recibía, que fueron más de las deseables; decía a todo que sí, preguntaba cosas que ya sabía e incluso pedía consejos que no necesitaba, todo fuera por agradar. Pero no logró complicidad alguna ni una pizca de afecto; sólo consiguió que la tomaran por mema e inepta y, a resultas de ello, que la intentaran humillar. Comentó en casa de su suegra que iba a buscar sirvienta y, para su sorpresa, le ofreció a Julia, que era la criada más significada allí. En realidad llevaban tiempo sopesando la ventaja de despedir a una insurrecta con el miedo a que fuera contando cosas de las que pasaban allí.

JULIA Y ADELA

Julia era una mujer que pasaba de los cuarenta. Desde que su padre murió, aún joven, la madre tuvo que echarse a pedir a la calle con todos los críos que tenía. Anduvieron mucho tiempo descalzos, viviendo de la caridad. La madre solo veía un futuro para las niñas y era el de servir; así, pudo colocarlas, poco a poco, en casas donde iba a pedir. A Julia la acogieron con ocho años en una buena familia con casa de campo en la sierra. Allí, rodeada de jaras y encinas, vivió varios años, muy feliz. Estaba encantada por sus zapatos, por comer caliente y porque la trataban bien. Nunca reprocharía a aquella familia ni a la vida, su falta de libertad, de escolarización, de no poder gozar de los suyos, de no haber tenido amigas de su edad ni juguetes ni tantas cosas que dan por necesarias en la niñez. Pero ella ya no pasó hambre, tenía un camastro para dormir y una chimenea para no pasar frío, que es tan cruel o más que el hambre. Por eso Julia decía calor cuando hablaba de amor. Del calor de su madre, a la que ya nunca volvió a ver, pasó al de las sirvientas del cortijo, que le dieron cariño y le enseñaron muchas cosas de la vida; lecciones para sobrevivir, que no precisaban de leer ni escribir.

Aquellas criadas ignorantes y analfabetas, como antes lo había hecho su madre, le enseñaron a vivir la honradez; esa honra que no se ve porque es humilde, de trabajo y de respeto;

y de aceptar la realidad, que es la forma de vivir, sufriendo menos, para quienes nada tienen. Había pasado tanta hambre con anterioridad que ahora casi todos sus recuerdos eran culinarios. Recordaba las comidas que ayudaba a servir en el enorme salón, los grandes pucheros calientes que hacían las cocineras, las matanzas y chacinan colgadas de los techos, las calderetas de los días de cacería o el olor de las hogazas de pan recién salidas del horno.

Siendo ya adolescente, Julia encontró casa en la ciudad, la de doña Angustias, donde llevaba veinte años ya. Había sentido la muerte del señor, que era quien llevaba las riendas de todo y hasta tenía desbravadas a su mujer y a sus hijos. Cuando él faltó tomó el mando su hija Silda, que basaba su autoridad en halagos a su madre que, a cambio, la dejaba hacer. Julia era respetuosa y leal, pero nunca fue cobista y no podía callar ante una injusticia. Protegía a las doncellas más jóvenes de las maldades de Silda y de los acosos del hijo menor de la familia, que veía en las jovencitas presas fáciles de su propiedad. Para desgracia suya, la criada Julia estaba siempre allí. Ya se había quejado a la señora sobre la conducta de su hijo en diversas ocasiones, así que doña Angustias llamó al joven y reprobó su acción, pero de forma muy leve, a juicio de Julia, que después protestó.

– Señora, las sirvientas somos mujeres como sus hijas y usted; con el mismo derecho a ser decentes. Estamos en sus casas para trabajar, no para dar placer a los señoritos, conqu...; tenía que haberle castigado usted a su hijo; es muy grave lo que hace.

– ¡Cómo te atreves a compararnos a mis hijas y a mí con vosotras, las criadas! A quien tengo que castigar es a ti, deslenguada, por meterte donde no te llaman.

Ella sabía que en las casas decentes, la señora no toleraba el abuso a las doncellas; sin embargo en otras, las jóvenes criadas eran un juguete de diversión y placer en las manos de jóvenes señoritos y de señores, también. Era tanta la repulsión que ello producía a Julia, que jamás lo permitió. La siguiente vez que vio al joven molestar a una doncella, le atizó un pescozón.

– Se lo voy a decir a mi madre —dijo dolorido.

– ¡Cagón! Si viviera tu padre te partiría la cara. Atrévete con las chicas de la calle si tienes lo que hay que tener ¡Coña! Y no con estas desgraciadas, que están sirviéndote a ti porque no tienen qué comer. Hay que ser miserable para aprovecharse del hambre de los demás.

Tan indomable era para las injusticias, como dócil para entregarse al bien de la casa; para todos tenía sitio en su enorme corazón.

De buena estatura, no era bella pero tampoco desagradable; sus ojos eran pequeños pero de mirada hondísima y sus labios eran delgados; en el rostro tenía marcados surcos por la dureza de su vida y por la fuerza de su personalidad. Era de cuerpo recio, con formas femeninas pujantes, de las que han gustado a los hombres de siempre; pero su carácter áspero para esas cosas, echaba a todos para atrás. En el paseo o en la calle, con sólo acercarse algún hombre, ya le miraba mal y si persistía,

antes de que éste pudiera hablar, lo echaba con brusquedad. Era inaccesible y así debió de ser siempre; aunque alguna vez se le oyó hablar de un novio soldado que murió en un lugar lejano; pero nunca quiso dar explicación de aquello, seguramente por no querer revivirlo.

Era analfabeta y, según ella, atea. De analfabeta tenía todo, aunque se las arreglaba más que bien con las cuentas y los precios. Nadie sabía cómo ni por qué, pero compraba a mejor precio que nadie y era ella, en realidad, quien miraba por el gasto en la casa. En cuanto a su ateísmo, aunque no le gustaba decirlo, creía mucho en un Dios suyo, separado de los curas, a los que no podía ni ver. Les reprochaba su apego a los ricos y a la buena vida. A ellos, cuando iban descalzos por la calle, muertos de frío sin tener qué comer, nunca se les acercó ninguno. Los veían con las señoronas y a su madre, que era muy cristiana, se le partía el corazón. Si Jesús había huido de las riquezas, ¿por qué los curas no? No iba a misa ni a confesar ni comulgar, que eran cosas de curas para ella. Pero rezaba, o mejor reñía a diario a Dios. Ella no era mujer de pedir, pero sí se quejaba de las cosas que veía y no se callaba ante Él. Si no lo hacía con sus señores, ¿por qué iba a hacerlo con Dios? Alguien tenía que hablarle claro y no alabarle tanto cuando permitía tanta maldad.

Adela aceptó encantada a Julia y para ésta fue una liberación. Desde que la conoció de soltera, le había encantado su trato respetuoso al servicio. Julia sabía que el sufrimiento dejaba huellas en el rostro y cuando no lo hace, se quedaba en los ojos atrapado y allí se lo vio a Adela. El encuentro las enriqueció a las dos; eran tan diferentes en todo, que ensamblaban perfectamente. Una carecía de lo que sobraba en la otra, en carácter y en

presencia, pero en sentimientos andaban a la par. Un día, comentaban ese encaje de caracteres y le dijo Adela:

– Sí, nos completamos muy bien. También tenemos que hacerlo en el tema de la Iglesia...

– ¡Coña!... ¡Perdón!... Por ahí no paso, Señora. Ni hablar, conquese...

– Nunca se puede decir de este agua no beberé.

– Ni este cura no es mi padre —dijo Julia lanzando una risotada.

– Fácil desde luego no va a ser —dijo Adela sonriendo.

Julia era leal y nada sumisa; miraba por ella en todo, le abría los ojos con las gentes, con las cosas. Le decía lo que pensaba, gustase o no, y eso le convenía mucho a una joven forastera y recién casada como ella.

Mientras más la conocía, más la iba queriendo; el afecto inicial pronto se convirtió en cariño, en predilección. La sirvienta se transformó en preceptora, consejera y casi madre de Adela.

LAS COTILLAS

El joven, como siempre, miraba la calle por el cierro del balcón, mientras la madre y las hermanas hacían labores de costura esperando la llegada de los dos hijos. Era costumbre, en los hijos casados, visitar a diario la casa materna y allí solían aleccionarlos sobre las nueras.

– Hoy nos han dicho a la salida de misa que tu amorcito va provocando a los hombres con esa mirada lánguida que a todos tiene locos —expuso Silda a Pablo con su diplomacia habitual— ¿Cierto Amalia?

– Sí, sí, claro —contestó la hermana.

– No —dijo la madre—, a todos no. Parecen gustarle los escritores y cuentistas de tres al cuarto.

– También yo me fijo en algunos hombres —dijo Amalia.

– Pero tú eres soltera, imberbe —respondió la hermana— y ella no.

– Sí, sí, claro.

– ¿Qué quiere decir, madre? —dijo Pablo— Adela es decente y honrada.

– Digo lo que oigo, y se dicen cosas de tu Adela. Se sienta en público con otros hombres... ¡Siempre te advertimos que ella no es la mujer que queríamos para ti!

– Pues ahora no parece que tenga solución —propuso Silda.

– No la tiene, no. Ahora que se la trague.

– Adela le da mil vueltas a cualquier mujer de aquí —se atrevió a decir Pablo— y es la mujer que he elegido yo.

– Mucha percha, pero con una mano adelante y otra atrás. Y luego están sus amiguitos... Debías haber cortejado a una muchacha de aquí, con buenas tierras y buenas perras. Así estaríamos aseguradas para el resto de la vida. Tú eras nuestra última oportunidad.

– Son escritores..., es una tertulia literaria. Se sientan con Adela y sus amigas, y hablan de poesía y cosas de esas; nada más. Además, quedáis vosotros para aportar fortuna a la familia; el chico, por ejemplo.

– ¿Quién, éste? —dijo Silda dirigiéndose a su hermano menor, que la miró acoquinado— Éste es un lelo ¿Quién va a querer cargar con él?

El joven hizo amago de protestar, pero prefirió no hacerlo, y bajó la cabeza dando por cierta la acusación.

– ¿Y Amalia? —preguntó Pablo.

– Ningún hombre se interesa por ella —dijo Silda.

– Bueno mujer... —se quejó Amalia revolviendo su trasero en el sillón.